

letras, costumbres y tradiciones del País Vasco



LA FESTIVIDAD DE LA CANDELARIA

"IÑUDES Y CALDEREROS" LA PESCA DEL SALMON EN EL BIDASOA

TRADICIONAL BENDICION DEL ROMERO LA «PARTILLA»

CURIOSAS COSTUMBRES

LA PESCA DEL SALMON EN EL BIDASOA



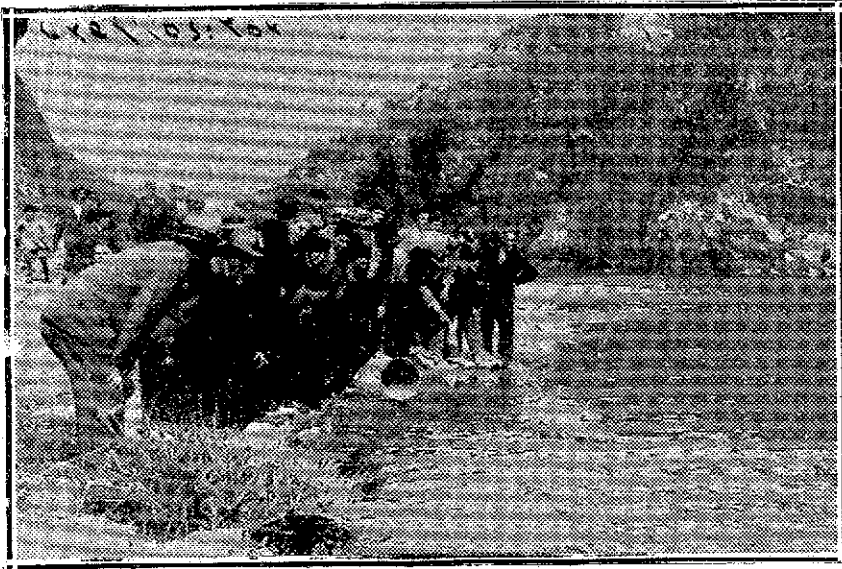
Aparecen en esta fotografía, obtenida en el día de la Candelaria de 1885, los populares «Angelito Minondo», «Manish», y Arnao, vestidos de alcalde y alguaciles a la antigua usanza. La fotografía está obtenida ante las verjas del palacio Ferrer, después hotel de Londres, que se hallaba en los solares que hoy ocupan las casas de la Caja de Ahorros provincial de la Avenida de la Libertad.

El día de la Purificación de Nuestra Señora—la Candelaria—era uno de los más típicos de San Sebastián. En ese día salían a recorrer las calles de la ciudad las comparsas de «caldereros búgaros» auténticos del barrio de San Martín. Otra comparsa clásica era la de las «difundees», y en ella tomaban parte gentes tan populares como el famoso Angelito Minondo, el popularísimo «Manish» Arnao—hijo del célebre comandante de miqueletes—y otros que se caracterizaban de alcalde y alguaciles a la antigua usanza. Era el día de las Candelas como un eco de las fiestas de San Sebastián establecido para hacer menos dura la transición a la normalidad después de los festejos del día del patrono con su revuelo de comparsas y esoka muturra.

Hoy, suprimida esta fiesta por la Iglesia de entre las de obligación, solo se conserva la costumbre de la bendición del romero. De antiguo viene esta costumbre, que se celebraba en todas las parroquias de San Sebastián, y consistía en que los niños acudiesen a las iglesias con haces de romero en cuyo interior se colocaban candelillas o «bilidunetas», largas y amarillas, compradas por varas o «canas»; que se cortaban en trozos para hacer cuantas luces se quisieran. Los ramos y las candelas benditas, habían de arder al día siguiente en las iglesias. Dice la tradición que las luces de estas candelas son las únicas que reciben los niños que, puestas antes de recibir el bautismo, viven en espíritu sumidos en las tinieblas del limbo. Esta creencia parece constituir el origen de la fiesta.

Otra importancia tiene también esta fiesta para los «arrantzales». Es el día señalado para realizar la «partilla», nombre que dan los pescadores al producto obtenido de la pesca del besugo durante la campaña que, dando principio el día 25 de noviembre (Santa Catalina) se daba por terminada con el día de hoy. Antaño los pescadores, antes de la primera de las citadas fiestas, acudían al santuario del Cristo de Lezo a solicitar

Un donostiarra

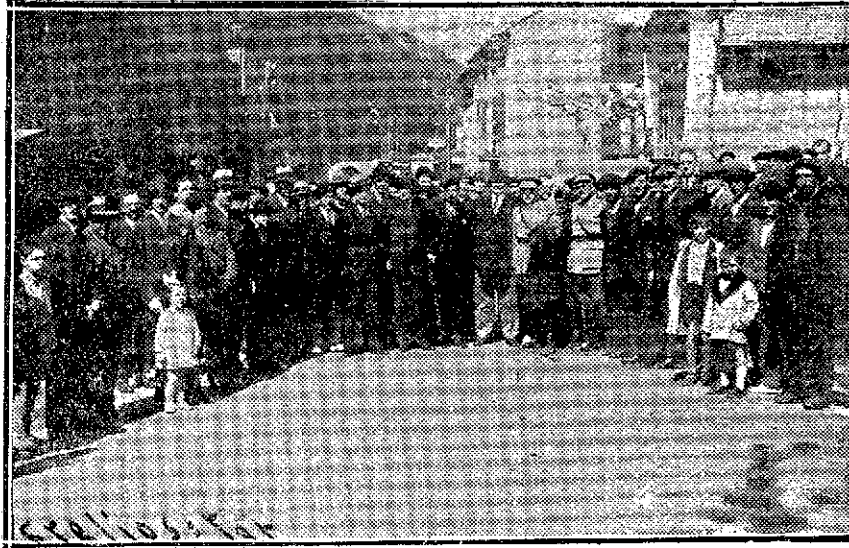


Con el fin de repoblar de salmones el río Bidasoa, se traen de Alemania crías de salmón que suele arrojar al río la Sociedad de Caza y Pesca de Irún. La fotografía representa uno de esos actos de repoblación piscícola.

El día primero de este mes quedó abierta la época en que se puede pescar el salmón en la ría del Bidasoa. Cumplido lo que disponen las convenciones internacionales que regulan la pesca en esa ría entre franceses y españoles, el día 15 de enero se remieron en las oficinas de la Base Naval francesa los alcaldes de Irún, Fuenterrabía, Hendaya, Biriathon y Vronque para sortear si había de ser a los pescadores franceses o a los españoles a quienes había de corresponder pescar el primer día. Porque está reglamentado que españoles y franceses pesquen en la ría por turno de veinticuatro horas. El sorteo favoreció a los españoles, quienes han pescado desde las doce del día primero de febrero hasta las doce del día 2 en que, retirándose los españoles de la ría, habían pescado los franceses. El cañonero francés «Chasseur» y el torpedero español número 9 son los encargados de man-

tener la policía de las aguas internacionales y el buen orden de los turnos. Cuando en el reloj de la parroquia de Irún da las doce, el «Chasseur» dispara el cañonazo que abre el turno de pesca para los franceses y el torpedero número 9 lo hace a las doce del día siguiente, que corresponde el turno a los españoles. Y así, día por día, hasta el 15 de septiembre en que comienza la época vedada que durará hasta el primero de febrero del año próximo.

Ha sido siempre el salmón del Bidasoa manjar predilecto de las buenas mesas. Para que el lector tenga una idea de las curiosas costumbres de este animal y de la forma en que se lleva a cabo su pesca, reproducimos parte de una bellísima página literaria que en el Album descriptivo de Guipúzcoa publicó sobre este tema el exquisito e inolvidable escritor vasco Gregorio de Múgica.



Buscando la ejemplaridad del acto, los comandantes de la base naval francesa y española, con los alcaldes de Irún, Fuenterrabía, Biriathon, Urrugne y Hendaya, acuden a dar carácter oficial a la cehazón de las crías de salmón al Bidasoa. Esta fotografía está obtenida con ocasión de uno de esos días.

EL AUDAZ SURCADOR

En las entrañas serenas de este Bidasoa bello y azul, atrae la codicia de los pescadores un ágil surcador de sus aguas, de forma esbelta, de flexibles movimientos, de cuerpo elegante, que a veces tiene en sus escamas el brillo de la plata pulida y otras un matiz verde sombrío irisado por el reflejo de áureos destellos. Es el salmón, el salmón del Bidasoa, orgullo de las mesas privilegiadas y florón inapreciable de los espléndidos menús.

No nace en la ría el salmón, ni nace en el mar tampoco. La hembra, para depositar los gérmenes que han de dar vida a nuevos seres, huye de las profundidades inmensas del mar y se aleja de las olas inquietas. Tampoco gusta, para tan fundamental función, de las aguas de la ría que han perdido su pureza en la proximidad del océano. Corre y corre río arriba, lejos del mar, como queriendo buscar el origen impoluto de las aguas, para depositar en el incontaminado manantial los huevecillos que han de transformarse en peces diminutos.

Corre y corre río arriba salvando los obstáculos con tenacidad prodigiosa. Lucha firme contra la corriente; atraviesa animosa, medio en seco, los lugares de poca agua; escala ágil las cascadas y brinca decidida sobre las altas presas que dejan caer el agua a torrentes. En este caso es asombrosa su decisión. Cuando una alta muralla cierra al salmón su paso ascendente, al pie de ella se hunde hasta el fondo del río, acumula fuerzas y se ergue rápido, sube vertical a flor de agua y se lanza veloz al aire para escalar como una flecha la muralla. Si no es muy alta, el salmón atraviesa valiente la masa de agua que cae como un aluvión, y alcanza de un solo salto la cima de la muralla. Si su altura es muy elevada, en el seno del mismo de la tromba que cae se apoya para dar con velocidad increíble una serie de saltos escalonados que le conducen triunfalmente a la cumbre. Es verdad que manos previsoras pretenden facilitar la ascensión con rampas suaves, pero ni siempre son posibles, ni son necesarias para los salmones que se hallan en pleno vigor. El pez prodigo de agilidad y decisión, salva los obstáculos atravesando valiente el huracán que en vano trata de abatir la fortaleza del audaz saltador.

Así va muy lejos, hasta llegar a regiones en que el río es diminuto; de claras aguas que defen ver bien los relamidos guijarros del fondo. Busca entonces un apacible rincón, de poca profundidad, de agua bien batida, en las inmediaciones de una cascada, a la sombra de arbolitos de la orilla. Para elegir la cuna de sus hijos no vacila en subir hasta Sum-

biña y en llegar a Nerbarte, y en ascender a los riachuelos de Elizondo.

Sobre la grava deposita la hembra multitud de huevecillos que fecunda el macho. Ni éste ni aquella cuidan más de los gérmenes a los que dieron condiciones de vida. Sin nueva protección nacen los pescadillos, y sin otros recursos que los propios viven en la más delicada época de su vida. Y a fe que no tienen muchos medios de defensa: torpes, muy torpes, para huir, muchos desaparecen víctimas de la voracidad de otras especies.

Pero pasa un mes, y el salmoncillo se hace ágil, ligero, y aprende a huir de sus perseguidores. Por instinto natural baja al mar, y a los ocho o diez meses, en pleno desarrollo, asciende de nuevo al río hasta llegar al rincón en que nació. No va solo; suben en bandadas, las hembras por delante, y los más lozanos ejemplares a la cabeza de la expedición. Saben bien que el agua marcha veloz en la superficie y lenta en el fondo; por eso, cuando al subir han de marchar en contra de la corriente, ascienden rozando los guijarros del fondo, y en cambio, al bajar, cuando les es favorable la corriente, aprovechan su empuje navegando a flor de agua.

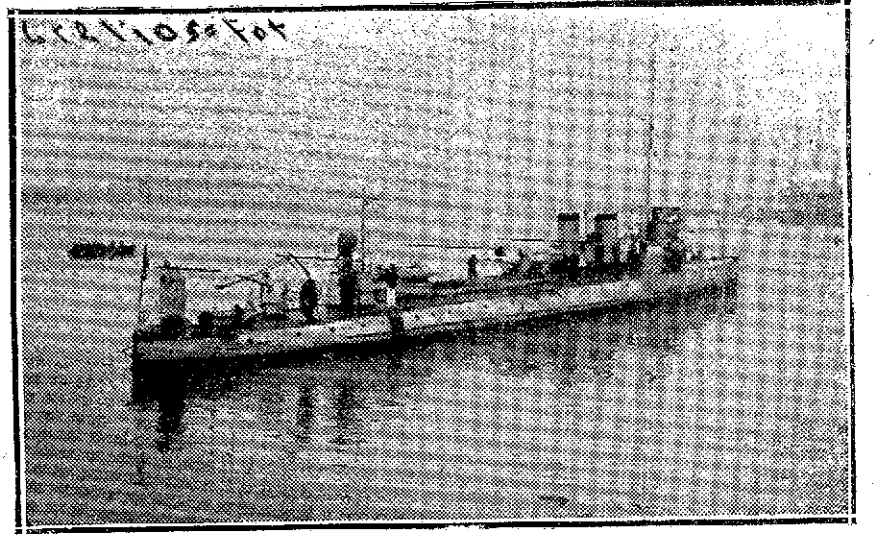
Guardan gran cariño al lugar que fué su cuna, y todos los años, invariablemente, le visitan. Los pescadores de Chateaulin—dice un observador—retuvieron una docena de salmones de los que bajan por el río, y después de poner a cada uno un anillo diminuto de alambre hacia la cola, los volvieron a soltar. Más tarde, en el mismo lugar, los fueron cogiendo: en un año cinco, en otro tres, en otro dos...

En un año, el salmón llega a su período de pleno vigor. Se hace ágil, ligero, elegante, fuerte, audaz. Pesa, ordinariamente, de cinco a seis kilos; no son raros los que llegan a pesar diez o doce; llaman la atención los que alcanzan a catorce y son ejemplares escasísimos los que llegan a dieciocho.

Sea cualquiera su peso, no hay en el Bidasoa pescado que despierte más la gula refinada de los gastrónomos, ni la codicia de los pescadores.

LA MUERTE DEL AUDAZ

Al mediodía, cuando el Bidasoa tiene reflejos de plata bien brufida, sobre sus aguas se balancean, casi imperceptiblemente, las lanchas de oscuros colores. A bordo, dos o tres pescadores miran a todos lados en silencio. No se habla, no se ríe; tan sólo se observa. No se aborrotan los ojos, cerrada la boca; los marinos contemplan desde sus lanchas durante varias horas la superficie quieta de las aguas.



Anclado cerca de la costa francesa el torpedero francés «Chasseur», es el encargado de velar, en nombre de Francia, por los derechos que los Tratados confieren a los súbditos de ésta en la ría internacional

En el reloj de la torre de Irún suenan las doce. Un estampido sacude el aire, y las casas vibran a impulsos del cañonazo.

Es la señal. Por convenios ya establecidos, los dos cañoneros, español y francés, que vigilan la ría, disparan en días alternos, desde que el loco febrerillo asoma hasta que nace el mes de agosto, vibrantes estampidos que contagian el aire y dan a la tierra enérgico temblor.

Cuando el guardacostas español hace que su cañón retumba, los pescadores de la orilla derecha del Bidasoa deslizan suavemente sus lanchas y arriban a los desembarcaderos. A la vez, salen los de la orilla izquierda a ocupar por veinticuatro horas el dominio fluvial. hasta que de nuevo suenan las doce del día en el reloj de Irún, dispara el cañón del buque francés y se realice el relevo.

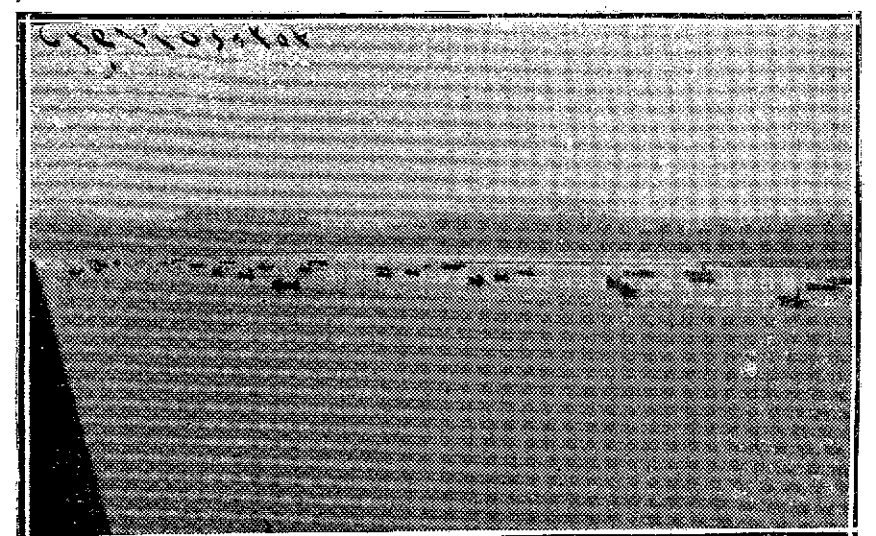
La operación es rápida, y sólo por breves momentos turba la paz y la quietud. Pronto las nuevas embarcaciones se hallan en los lugares preferidos, flotando nuevamente con imperceptibles movimientos de oscilación. Sobre la lancha, a popa, está recogida la red de anchas mallas, bien dispuesta con los plomos y los corcheros hábilmente distribuidos. Atada a un extremo de la red, hay una cuerda que un muchacho o una mujer sostienen por el otro extremo en la orilla, desde tierra.

El silencio es completo. El esfuerzo de todos los sentidos se halla concentrado en los ojos, y el atento mirar es labor que absorbe la energía de todas las potencias. Las miradas resbalan cien veces a flor de agua buscando algo que se espera y que tarda en surgir. Los rostros curvidos al sol giran incansables para variar el campo de observación de los ojos, de los ojos hechos a mirar de frente a la intensa luz del cielo y a escudriñar en el misterio de las aguas. Alerta la vista, plegados los labios, quietos los cuerpos...

Rápido, veloz como una flecha lanzada al aire, salta el salmón y asciende vertical hasta que el agua no roce su cuerpo esbelta. Durante dos segundos, el sol arranca destellos blanquitos a las escamas plateadas. Pasa el brevísimo instante, hunde el pez, y los círculos concéntricos de las ondas van ensanchándose, ensanchándose...

Pero apenas ha hendido los aires, los pescadores alerta y silenciosos, ven el salmón, empuñan los remos, y a golpes vigorosos y rápidos repetidos entre palabras de aliento y jolgorio, se acercan al lugar en que el pez saltó. Con gran presteza echan la red, por un extremo sujeta por la cuerda desde la orilla, de modo que forme un semicírculo cuyo centro sea el punto en donde el salmón tuvo la osadía de escalar el reino de los pájaros. Se conduce también a tierra el otro extremo de la red, y tirando de ambos va acercándose a tierra toda ella.

Ya está cerca. De nuevo impera el silencio. La vista ahonda en las aguas para sorprender pronto lo que arrastra la red. Parece percibirse el movimiento precursor de las pescas felices. La superficie se agita. Se inician las sacudidas bruscas. El agua parece hervir con violencia. Pronto adquiere el aspecto revuelto de una cascada, y entre la espuma zarandeada lucha el salmón por salvar el



Comenzada ya la época de la pesca en el Bidasoa, son frecuentes espectáculos como éste, que parece un desfile de «junos» por la desembocadura del Yant-see-Kiang

Anunciante:
Fíjate en la clase de público que lee cada periódico.

¿OROITZEN ZERA?

«Orduz, geroz, maiz egiten dut nigarri! Ain ederr zen, ain errie, ain arkar! Etzen ez, mendietan perarik; Urrundu da... nik ez dut berririk.» GIBET

¿Oroitzen zera, ene txorifio Arratz-artako Orduaz? ¿Oroitzen zera, zuk gozog eman Nai etzenidan Musuzan?

¡Aii, bafian gero... zure barruan Piztu zan sutzar, Beroa, Eta bat-baten eman zenidan Maitasunez, pa Gozoa.

Udaberriko lili ederrak Igartzen dira Neguan. Lili gaxoak bezela, zure Maitasuna-ii zan; Orduan.

Udazkenean; enada yoa Zan nere-etxeko Kabitik; Bera etorri da berri; bafian... Zu maitefio, ez Oraindik.

Bal-dakit bai, pozik etorri Gura dezula Nigana; Yoaigo hanitz lendabiz ni Apai, samurri Zugana.

Ezin yoa ni; ezeregatik Zifizez sapuztu Agana. ¡Aztu nazazu Belt-Betik! Ori-izango da Onena.

Satarka